

Por quién no votaré...

Desde que inició la campaña electoral me había prometido quedarme sosegada, con la pluma guardada y la computadora apagada salvo para convocar a las personas a ejercer su sagrado derecho al voto, lo cual hice con mis congéneres hace tres semanas sin alusión a ningún partido político. Sin embargo, las últimas manifestaciones del señor Juan Diego Castro me obligan a sacar el sentimiento que llevo encerrado como tigre en jaula entre pecho y espalda para no correr el riesgo de un infarto, que a mi edad sería fatal.



Marcela Chacón

Soy abogada, orgullosamente graduada de la Universidad de Costa Rica hace veintitantos años. He trabajado tanto en el sector público como en el privado y he tenido la oportunidad de ocupar puestos de relevancia gracias a la calidad de mi trabajo, preparación académica, trayectoria laboral e inteligencia. A pesar de nunca haber trabajado en el Poder Judicial, muchas de mis amigas y compañeras de aula han hecho su carrera profesional en la judicatura y no me imagino a ninguna de ellas recurriendo al sexo oral con el Presidente del tercer poder de la República para acceder a cargos de mayor responsabilidad dentro del escalafón judicial, ni tampoco a don Luis Paulino Mora o a don Édgar Cervantes (ambos fallecidos y ergo sin derecho a defensa), solicitando tan inapropiados favores de parte de alguna de las funcionarias. Me enerva, me da terror y me hierve la sangre por el hecho de que un aspirante a la Presidencia de la República haga semejantes comentarios y se quede tan campante como si se hubiera referido al estado del tiempo y que de ser ciertos, no haya tomado cartas en el asunto cuando tuvo conocimiento de tan horrible barbaridad.

El pasado mes de diciembre convoqué a las mujeres empadronadas para decidir quién llevará las riendas del país en el próximo cuatrienio. Lo hice de forma neutral, apelando a la memoria de doña Ángela Acuña Braun y la dura lucha que tuvo que dar la Liga Feminista desde 1923 hasta 1949 para que se nos reconociera el derecho al voto. En ese momento tenía

la impresión de que habíamos superado la era del oscurantismo en el imaginario masculino de nuestro país - particularmente en los candidatos presidenciales - y que los excelentes papeles desempeñados por mujeres costarricenses en distintas áreas relacionadas con el acontecer político nacional y judicial, entre otros, habían finalmente dejado claro que somos más que envases de hormonas ambulantes. Las frases misóginas que encasillaban como "femmes fatales" a quienes hemos tenido aspiraciones propias quedó en la historia desde el momento en que decidimos abrir nuestras propias alas y volar tan alto como nuestras capacidades personales nos lo permitan. Por todo esto y mil cosas más que requerirían de la edición completa del periódico de hoy, le saco tarjeta roja al señor Castro y me queda la tranquilidad de que ya sé por quién no votaré el próximo 4 de febrero.

Feliz martes a todos.